

quiera, podía alabarse Gortschakoff de haber sido consecuente y de no haber tomado parte ninguna en una obra de paz tan humillante para la Rusia, quedando así en completa libertad para preparar posteriormente el acto de venganza. Animado por su correspondencia con Morny, había enviado el 12 de enero por medio de un correo especial un largo despacho á San Petersburgo que debía llegar allí el día 17; pero el día antes recibió ya el aviso oficial de que su gobierno había aceptado el ultimatum, cuya noticia le dejó anonadado.

Con la aceptación del ultimatum no quedaron allanadas las dificultades de la situación, pues en Inglaterra reinaba una oposición tan belicosa y tan grande indignación, que lord Palmerston para no perder su popularidad insistió en que desde luego fuesen incluidas en los preliminares de paz las condiciones del punto quinto, tan especialmente favorables á Inglaterra; pero como la Rusia las ignoraba todavía, pidió que se las presentara en San Petersburgo el Austria como la potencia mediadora hasta entonces. Ahora bien, estas condiciones consistían nada menos que en la prohibición de fortificar las islas de Aaland y en otras medidas relativas á la costa oriental del mar Negro que venían á implicar el abandono de lo que hasta entonces había alcanzado la Rusia en la Circasia. Cuando el Austria se opuso á proponer estas condiciones en San Petersburgo, lord Palmerston amenazó con la continuación de la guerra; mas al fin se convino en comunicar al gobierno ruso estas condiciones suplementarias por medio del baron de Seebach, como lo había propuesto ya desde un principio el gobierno francés. No quedó mas remedio al gobierno ruso que esperar el resultado de las negociaciones en el congreso, poniendo toda su esperanza en la generosidad de Napoleón III, al cual tenía intención de encargar del arbitraje, á cuyo fin propuso ya en su despacho del 16 de enero la ciudad de París como punto de reunión del congreso. Esto dió al gobierno francés una posición tan ventajosa que Napoleón renunció á su plan anterior de hacer reunir el congreso en Bruselas. El gobierno inglés consintió, creyendo que sus plenipotenciarios en París tendrían á su lado continuamente al emperador para apoyar sus pretensiones en caso de que se presentasen obstáculos (1). Habiendo calculado el gobierno ruso de la misma manera, Napoleón III se vió solicitado entonces como su tío en el tiempo de su prosperidad.

El gobierno piemontés había alimentado grandes esperanzas al tomar parte en la guerra de Crimea; pero estas esperanzas no podían tener por objeto una recompensa territorial, sino únicamente el derecho á la consideración como potencia italiana en un congreso. Si en efecto el Austria hubiese tomado al fin parte en la guerra, habría sido mucho mas difícil á la Francia expulsarla luego de Italia; por ma-

to ruso en la guerra de Crimea habían llegado al aterrador número de medio millón de hombres, de cuya cantidad habían perecido 300,000 en la marcha. Con este dato puede compararse la expresión del mariscal Paskiewitz cuando moribundo escribió á Miguel Gortschakoff: «Cuando el emperador envió todo su ejército, con excepción de la guardia y del primer cuerpo, á Crimea, tenía el derecho de esperar que el general en jefe emprendiera algo; mas ni el emperador ni la Rusia pudieron prever que el ejército sería conducido como quien dice al matadero.»

* (1) Véase en la obra de Martin: *Vida del príncipe Alberto*, la carta magistral de lord Clarendon á la reina de Inglaterra del 18 de enero de 1856; en la cual dice que á pesar de estar convencido de que la conferencia sería para el representante del gobierno (la tumba de su fama, se ofrecía como agente á causa de las cuestiones que se tratarían decidiéndose por la reunión en París, porque «en este caso se podría tener siempre acceso al emperador para vigilar á los plenipotenciarios franceses.» No menos interesante es la carta para Napoleón escrita por el príncipe Alberto, publicada en la misma obra, y que la reina dió á lord Clarendon á fin de asegurarle el libre acceso á la persona del emperador.

nera que es difícil explicarse el descontento de Cavour al recibir las noticias de paz, pues justamente la no participación del Austria en la guerra de Crimea constituye el punto de partida de la nueva era de Italia y de la grandeza de la casa de Saboya.

En 1.º de febrero los embajadores de Francia, Austria, Inglaterra, Rusia y Turquía firmaron en Viena un acta en la cual se declaraba que en virtud de la aceptación de las cinco proposiciones anexas al documento con el título de proyecto preliminar, habían convenido en que sus gobiernos nombraran apoderados para firmar los preliminares de la paz, establecer un armisticio y redactar un tratado de paz definitivo (2). Estos plenipotenciarios debían reunirse en París en el plazo de tres semanas ó antes si fuese posible. La Prusia y el Piamonte quedaron excluidos de la firma de esta acta preliminar y precursora del tratado definitivo. La Inglaterra principalmente fué quien se opuso á la admisión de la Prusia en las conferencias que precedieron al congreso; pero el embajador prusiano de entonces, el conde de Hatzfeld, por su posición social y su tacto, logró disponer en favor de su admisión al emperador Napoleón y al conde de Walewski. Con este ministro había tenido ya Hatzfeld en el otoño de 1855 entrevistas confidenciales, cuya sustancia comunicó al rey y al presidente del ministerio prusiano; pues el conde de Walewski le dió la seguridad de que ni la Francia ni la Inglaterra aceptarían la mediación de ningún otro gobierno ni entrarían en negociaciones análogas á las conferencias de Viena, sin tener la seguridad de un resultado mas favorable. El Austria había triunfado, conforme hemos visto, en el primer propósito, y el segundo propósito podía tenerse por alcanzado, pues el Austria se había obligado en caso de un mal éxito de las negociaciones á romper sus relaciones diplomáticas con la Rusia. Además la rectificación de la frontera moldava debía hacer irremediable la ruptura entre Austria y Rusia, conforme indicó á su gobierno el embajador inglés en Viena, Jorge Hamilton Seymour. El gobierno inglés dijo que la Prusia sería únicamente invitada á entrar en un tratado general, lo cual no aceptó el gobierno prusiano sino á condición de ser admitido igualmente á tomar parte en las negociaciones. Tampoco aceptó la Inglaterra la proposición de Rusia, que ofrecía admitir la condición relativa á las islas de Aaland si se dejaba este punto á la resolución del congreso; porque el gobierno inglés además de otras razones quería que se considerase este triunfo como su obra particular. Posteriormente tomó la cuestión de la admisión de la Prusia en la obra de paz un aspecto mas favorable.

En medio de estas tentativas y misiones no había renunciado Bismarck, entonces embajador prusiano en la dieta germánica, á su convicción respecto de las ventajas de la posición independiente de la Prusia en la cuestión del congreso de paz, y justamente cuando esta cuestión se halló en su período máximo, en 25 de enero de 1856, escribió al baron de Manteuffel: «Si entramos en este concierto renunciaremos á nuestra posición independiente para hallarnos bajo la presión moral de una mayoría de tres contra uno ó de cinco contra uno, si contamos al Piamonte y á la Turquía. Si se pide nuestra admisión no puede ser mas que para que nos agreguemos ó subordinemos á la opinión de los aliados de diciembre en la interpretación de los cuatro puntos primeros y en cuanto á las condiciones del quinto punto. En todos los puntos en los cuales están unidas las tres potencias contra la Rusia, será difícil sostener nuestra opinión divergente

(2) Esta carta lo mismo que los cinco puntos fueron despues añadidos al acta de la primera sesión de la conferencia de París.

sin exponernos á encontrarnos en peores relaciones con los aliados de diciembre que si continuamos en nuestra libertad actual. Solo podríamos esperar hacer un papel digno en el caso de una divergencia entre los aliados de diciembre; pero entonces también estaríamos bajo la tutela de los que fueran de nuestra opinión disidente. Además es de prever que nuestra intervención en este pretendido concierto haría cesar las relaciones en que se halla la mayoría de los gobiernos alemanes con nuestra posición particular, y nos exponemos á perder de un solo golpe los frutos de dos años de conducta prudente y de tranquilidad si entramos en el programa de las potencias aliadas, mientras este programa no esté mas aclarado que hasta aquí (1).»

Hay que saber que este escrito había sido leído por el rey, pero el consejo de Bismarck de no mostrar impaciencia por ser admitidos en el congreso no fué seguido cual merecía. Entre la política austriaca y la inglesa había la diferencia que el Austria á fines de enero propuso á la dieta alemana que la Prusia y demás soberanos alemanes aceptaran con el gobierno de Austria las bases sobre las cuales debía asentarse en las negociaciones próximas la paz general sólida y duradera. Las observaciones hechas por Bismarck en esta ocasión en la cuestión de Oriente constituyen las ideas mas perspicaces y convincentes presentadas por la diplomacia moderna y son las señales de un porvenir que conmovió en sus cimientos la obra de paz del congreso de París.

El Piamonte fué admitido en el congreso bajo la protección del gobierno inglés, con el tácito aplauso de Napoleón III, que entonces no quiso reñir públicamente ni con el Papa ni con el clero francés. Antes de abrirse el congreso presentó Cavour la idea de incorporar á la monarquía piemontesa los ducados de Parma y Módena y de indemnizar á sus soberanos con los principados danubianos, lo que habría hecho á estos nuevos soberanos satélites del Austria.

CAPITULO XX

EL CONGRESO DE PARÍS Y EL TRATADO DE PAZ DEL 30 DE MARZO DE 1856

Los plenipotenciarios del congreso y la conferencia previa del 21 de enero, en la cual se ponen de acuerdo la Francia, la Inglaterra y el Austria respecto de las bases de la conferencia. - Actitud humilde del conde Orloff ante Napoleón III. - Firma de un armisticio hasta el 31 de marzo. - Calificación de las actas oficiales de las conferencias y de las consultas intermedias, en las cuales crecen fuera de toda proporción las exigencias inglesas. - Elección del conde de Walewski para presidente. - Peligro pasajero del congreso. - Complacencia de Rusia y de Inglaterra que permite la celebración de una segunda conferencia el 28 de febrero. - La Prusia es invitada al congreso. - Firma del tratado de paz el 30 de marzo de 1856. - Forma de este tratado y contenido de sus artículos sueltos. - Conferencias posteriores. - En la sesión extraordinaria del 8 de abril se ponen sobre el tapete los asuntos griegos, italianos y otros. - Ojeada retrospectiva á las primitivas intenciones revolucionarias de Francia. - Actitud evasiva de Rusia y de Austria. - Memoria del conde de Cavour y su actitud en la sesión del 8 de abril. - Las dos últimas actas de sesión. - Juicio del tratado de paz de París. - La triple alianza del 15 de abril de 1856. - Apogeo del segundo imperio. - Retirada de Nesselrode y nombramiento de Gortschakoff. - Dificultades en la ejecución del tratado de paz y su solución por el gobierno francés.

Para hacerse representar en el congreso siguieron los gobiernos interesados en general el principio de nombrar representantes suyos á sus ministros de Negocios extranjeros, y como apoderados segundos á aquellos embajadores que ya

(1) Véase la obra alemana de Poschinger: *La Prusia en la Dieta*, tomo II, pág. 298, y además el gran número de cartas autógrafas que Bismarck escribió á Manteuffel y al conde de Hatzfeld.

LA CUESTION DE ORIENTE

en París, ya en otra parte, habían tenido que intervenir mas ó menos en la cuestión de Oriente. Por esto representaron á la Francia el conde Walewski y el baron de Bourqueney; á la Inglaterra Clarendon y Cowley; al Austria el conde Buol y el Sr. de Hubner, á la Turquía Alf-Bajá y Dyemil-Bey; al Piamonte el conde de Cavour y el marqués de Villamarina, y á la Rusia el conde de Orloff y el baron de Brunnow. En 21 de febrero reuniéronse en una conferencia previa los plenipotenciarios de Francia, Inglaterra y Austria, que convinieron en que el congreso tratase primero de los puntos mas difíciles y mas atacados por la Rusia; que se rechazara la pretensión de Rusia de restituir á Kars en cambio de una parte de Besarabia, lo cual la Francia estaba dispuesta á conceder; que durante las negociaciones no se concediera á la Rusia nada que no estuviese ya previamente convenido entre Francia, Inglaterra y Austria, y finalmente que el Piamonte tomara parte en el congreso con los mismos derechos que las otras potencias. Esto último dificultaba la ejecución de todo el programa para asegurar el triunfo de la política inglesa, y todavía habría gustado más á lord Palmerston, en vista de la disposición belicosa de Inglaterra, que hubiera dado inmediatamente lugar á la ruptura de las conferencias. Esta previa consulta justificó los escrúpulos de Bismarck, pues que la Prusia se hubiera visto enfrente de una mayoría firmemente unida. Despues que el conde Orloff se hubo casi prosternado ante Napoleón III, confesándole que la Rusia necesitaba absolutamente la paz (2), adquirió mayor importancia el papel templado de la Francia en la obra de paz cuando lord Palmerston, quizás animado por el resultado de la conferencia previa, encargó el 24 de febrero telegráficamente á Clarendon que pidiese la independencia de la Circasia, y Clarendon se preparó á reclamar en el congreso la paralización de la fuerza marítima rusa también en Nicolayeff, Cherson y el mar de Azoff.

La primera sesión del congreso tuvo efecto el 25 de febrero. El conde Buol propuso dar la presidencia al conde Walewski y nombrar secretario á Benedetti, á la sazón director de la sección política en el ministerio francés de Negocios extranjeros. No habiendo firmado el Piamonte el acta de Viena del día 1.º de febrero, los plenipotenciarios piemonteses declararon que aprobaban aquel acta. Hecho esto, los cinco puntos fijados en ella fueron declarados formalmente preliminares de paz y se convino en un armisticio que debía durar hasta el 31 de marzo, durante cuyo tiempo las tropas conservarían sus posiciones. El armisticio no tenía nada que ver con el bloqueo, pero éste fué levantado en la conferencia del 8 de abril. Las actas de las primeras sesiones principalmente no dan una idea completa de los sucesos, antes son mas propias para extraviar al lector respecto de los trámites que siguieron para llegar los plenipotenciarios á ponerse de acuerdo. El caso fué que además de las sesiones hubo reuniones preparatorias, en las cuales el gobierno inglés trató de extender sus pretensiones mucho mas allá de los puntos clarísimos de los preliminares, mientras el Austria, como hemos dicho en su lugar, había prometido á la Rusia contener en estrechos límites las vagas reservas del punto quinto. Clarendon trató de conseguir la cesión de la isla de Aaland, á lo cual naturalmente se opuso Orloff; mientras la Suecia pretendía ser recompensada, por su llamada alianza defensiva, con una limitación de la escuadra

(2) Orloff había dicho á Manteuffel en San Petersburgo que todo el arte diplomático consistía en halagar en los momentos á propósito y dar un puntapié en otros momentos oportunos, y que la falta del emperador Nicolás había consistido en dar el puntapié inoportunamente. Poco tiempo despues advirtió Orloff al emperador Napoleón que él era soldado y no entendía nada de diplomacia.

rusa en el Báltico. Poco faltó en efecto para que después de la primera sesión se rompieran las negociaciones y se disolviera el congreso. Según el programa fijado en la conferencia previa del 21 de febrero, se había convenido á instancias de Inglaterra en que los puntos más difíciles fuesen tratados los primeros, y siendo rechazada la condición de la Rusia de restituir á Kars con tal que no se aumentara el territorio de Moldavia, de destruir las obras de fortificación de Ismail y Reni y de restituir las islas de la embocadura del Danubio, se acabó la paciencia de los plenipotenciarios rusos y declararon que no tenían más instrucciones. Esta declaración pareció al emperador Napoleón muy singular, pero poco peligrosa, porque Orloff le había dicho que sus instrucciones le mandaban oponerse á todo, pero no insistir en nada, y por lo mismo se negó á conceder á Orloff la audiencia que había solicitado, lo cual espantó tanto á los rusos que se volvieron á humillar de nuevo. Lord Clarendon en cambio se había convencido de que en vista del espíritu pacífico que dominaba en todos los círculos de París, la Inglaterra tendría que renunciar á sus pretensiones exageradas y aconsejó á su gobierno la condescendencia. Pudo, por tanto, celebrarse el 28 de febrero la segunda sesión, cuyo aplazamiento como «sesión final» habían solicitado imprudentemente los rusos.

Entretanto continuaron las reuniones y conferencias particulares, dando lugar hasta á divergencias entre la corte de Inglaterra y lord Palmerston, porque la reina de Inglaterra, renunciando á la rigidez de las exigencias inglesas, concedió más libertad de acción á lord Clarendon. Al fin las pretensiones inglesas sirvieron para que Napoleón III alcanzara la cesión de una parte de Besarabia en cambio de la renuncia á las exigencias respecto del Cáucaso y de Nicolaieff. En la novena sesión, que se celebró el 14 de marzo, gracias especialmente al arreglo más ó menos completo de las divergencias inglesas y rusas, llegaron los conferenciarios á entenderse sobre el proyecto del tratado de paz, para cuya redacción fué nombrada una comisión especial, compuesta de Alf-Bajá y de los plenipotenciarios segundos de Austria, Francia, Inglaterra, Rusia y Piamonte, actuando como secretario el barón de Bourqueney. En la sesión del 28 de febrero Clarendon había exigido que no se invitara al gobierno prusiano al congreso hasta que hubiesen quedado fijados los artículos principales del tratado general (1); y en la sesión del 10 de marzo fué aceptada la proposición de Walewski respecto de la admisión de la Prusia, en la forma siguiente: «En atención á ser de interés general europeo que la Prusia, potencia co-firmante del convenio celebrado en Londres en 13 de julio de 1841, tome parte en las nuevas disposiciones que se adopten, el congreso decide que se remita á Berlín por el señor conde de Walewski un extracto del acta de la sesión de hoy para invitar al gobierno prusiano á enviar plenipotenciarios á París.» En 14 de marzo anunció Walewski al congreso el nombramiento de los plenipotenciarios prusianos barón de Manteuffel y conde de Hatzfeld, que asistieron por primera vez al congreso en su sesión del 18.

Firmóse el tratado de paz definitivo el 30 de marzo de 1856, que fué el domingo en que la iglesia católica lee el pasaje

(1) En una carta del príncipe Alberto al rey Leopoldo, dice el príncipe con fecha 10 de febrero de 1857: «No es la venganza ni el deseo de castigar á la Prusia ó á la Alemania (como quiso hacer ver en el congreso el señor de Beust) lo que nos impiden admitirlas en el congreso, porque esto sería pueril, sino el justo temor de aumentar el número de nuestros adversarios en las conferencias, y además la convicción de que crearíamos un peligroso precedente para el porvenir admitiendo potencias en un juego en el cual nada han arriesgado.» Véase Martin: *Vida del príncipe Alberto*.

del Evangelio de San Juan donde se refiere que Cristo, en la noche del día de su resurrección, se apareció á sus discípulos saludándoles con las palabras *pax vobis*. Esta coincidencia, que no dejó de gustar á los franceses, no impidió á lord Clarendon solicitar el aplazamiento de la firma para el día siguiente, á fin de que no se le acusara en Inglaterra de profanador del día del Señor.

El tratado de paz general estaba dividido en 34 artículos, con un artículo adicional en tres convenios separados relativos á los estrechos, al número de buques en el mar Negro y á las islas de Aaland, y en una declaración concerniente al derecho de los neutrales durante la guerra. El convenio relativo á los buques de guerra en el mar Negro fué firmado solo por los plenipotenciarios rusos y turcos; y el referente á las islas de Aaland fué firmado por los plenipotenciarios de Francia, Inglaterra y Rusia. Los puntos fijados fueron en sustancia los siguientes: La Rusia restituye al sultán la ciudad y fortaleza de Kars, así como los otros territorios y plazas que tiene ocupados (art. 3.º). Las potencias restituyen á la Rusia los puertos y plazas de Sebastopol, Balaclava, Kamiesch, Eupatoria, Kerch, Jenicalé, Kinburn y los demás territorios que le han ocupado (art. 4.º). La Sublime Puerta será admitida á participar de las ventajas del derecho público y del concierto europeo. Las potencias se obligan á respetar la independencia é integridad del imperio turco; responden en común de la estricta observancia de esta obligación, y considerarán en consecuencia como cuestión de interés general todo acto de violación de esta disposición (art. 7.º). En caso de divergencias entre la Sublime Puerta y una de las potencias firmantes, las demás partes contratantes podrán interponer su mediación (art. 8.º). El firmán publicado en 18 de febrero de 1856 á favor de los cristianos para asegurar los derechos soberanos del sultán, será comunicado por resolución libre del sultán á las potencias contratantes, sin que éstas adquieran por este hecho ningún derecho á mezclarse separadamente ó juntas en los asuntos interiores del imperio turco (art. 9.º). Será revisado de común acuerdo el tratado del 13 de julio de 1841, que mantiene la antigua regla del cierre de los estrechos (art. 10). El mar Negro queda neutralizado. Abierto á la marina mercante de todas las naciones, quedan sus aguas y puertos prohibidos para siempre á los buques de guerra, tanto de los Estados ribereños como de toda otra potencia (art. 11). La Rusia y la Puerta admitirán cónsules de las demás naciones en los puertos del mar Negro (art. 12). A consecuencia de la neutralización del mar Negro pierden su objeto la conservación ó construcción de arsenales marítimos en este mar, y por lo mismo la Rusia y la Turquía se obligan á no conservar ni construir tales establecimientos (art. 13). El convenio hecho entre la Rusia y la Turquía tocante al número de las embarcaciones ligeras necesarias para el servicio de las costas, se añadirá al presente tratado y no podrá ser ni anulado ni modificado sin el consentimiento de las potencias firmantes (art. 14). La navegación del Danubio no estará sujeta ni á obstáculos ni á impuestos no previstos en este tratado (art. 15). Una comisión especial compuesta de enviados de las potencias tendrá el encargo de hacer ejecutar las obras desde Isakcha (artículo 16). Además de esta comisión europea se nombrará otra comisión de los países ribereños, compuesta de comisionados de Austria, Baviera, Turquía, Wurtemberg y de los tres principados danubianos, que será permanente y estará principalmente encargada de ejecutar las nuevas disposiciones (art. 17). Para asegurar la ejecución de éstas, cada una de las potencias contratantes tendrá el derecho de mantener en todo tiempo algunas embarcaciones ligeras en las bocas del Danubio (art. 19). En compensación de los puertos y terri-

torios citados en el artículo 4.º, y para asegurar mejor la libertad de la navegación del Danubio, el emperador de Rusia consiente en la rectificación de su frontera en Besarabia. La nueva frontera empezará en el mar Negro á un kilómetro al Este del lago de Burna-Sola, llegará en dirección vertical á la carretera de Ackerman y la seguirá hasta el Muro de Trajano; luego pasará al Sur de Bolgrad, después seguirá el río Salpuck hasta la altura de Saratsika y concluirá cerca de Catamori ó orillas del Pruth (art. 20). El territorio cedido por la Rusia se agregará á la Moldavia, bajo la soberanía de la Puerta y bajo la garantía de las potencias firmantes de este tratado, quedando en posesión de sus antiguos privilegios (art. 21). Ninguna de las potencias garantizadoras ejercerá un protectorado exclusivo sobre los principados vácavo y moldavo, que continuarán bajo la soberanía de la Puerta en posesión de sus antiguos privilegios garantizados por las potencias contratantes (art. 22). La Sublime Puerta se obliga á conservar á los citados principados una administración nacional é independiente, la libertad de cultos, de legislación, de comercio y de navegación. Las leyes y estatutos existentes serán revisados, á cuyo fin se reunirá en Bukarest una comisión en la cual estará representada también la Puerta; esta comisión tendrá por objeto proponer las bases de una nueva organización (art. 23). El sultán promete convocar en cada una de las dos provincias un diván *ad hoc*, compuesto de tal manera que represente con la mayor exactitud los intereses de todas las clases de la sociedad. Estos divanes darán á conocer los deseos de la población respecto de la organización definitiva de los principados (art. 24). Los principados dispondrán de un ejército nacional destinado á velar por la seguridad interior y de las fronteras (artículo 26). En caso de desórdenes interiores la Puerta no podrá intervenir en los principados sin haberse entendido previamente con las potencias firmantes (art. 27). La Servia, con arreglo á los títulos y diplomas imperiales que aseguran sus derechos é inmunidades, quedará dependiente de la Puerta; pero conservará su administración nacional é independiente lo mismo que la libertad de cultos, de legislación, de comercio y de navegación (art. 28). Se mantiene el derecho de la Sublime Puerta á tener guarniciones en la Servia, pero no podrá intervenir con las armas sin acuerdo previo con las potencias (art. 29). Rusia y Turquía conservan sus territorios en Asia tales como los tenían antes de la guerra. El deslinde de la frontera estará á cargo de una comisión en la cual, además de los dos Estados vecinos, estarán representadas Francia é Inglaterra, debiendo dicha comisión tener evacuado su encargo en el plazo de ocho meses á contar desde la ratificación de este tratado (art. 30). La ratificación tendrá efecto dentro de cuatro semanas (art. 34).

Después de la firma del tratado en 30 de marzo, el congreso celebró todavía cinco sesiones, en las cuales se convinieron: el levantamiento inmediato del bloqueo, la evacuación de los puntos ocupados y otros asuntos. En la sesión del 8 de abril, el conde de Walewski promovió discusión sobre asuntos muy trascendentales no pertenecientes á la cuestión de Oriente, diciendo que sería sensible que el congreso no aprovechara la ocasión para aclarar ciertas cuestiones y disipar las nubes que se veían en el horizonte político. Su objeto principal era la cuestión de Italia, pero se guardó muy bien de principiar por ella, y por lo pronto habló de Grecia, donde la anarquía había obligado á Francia é Inglaterra á enviar tropas al Pireo en el momento en que necesitaban su fuerza armada en otra parte. Dijo que la Grecia continuaba en situación muy poco satisfactoria, por cuya razón parecía conveniente que las potencias representadas en el congreso manifestasen el deseo de que las tres potencias

protectoras tomaran en consideración la situación lamentable del reino por ellas creado y trataran de los medios de mejorarla.

El acta de la sesión dió en este como en otros puntos una descripción falsa de los acontecimientos, y Walewski no hizo más que representar un papel de comedia al añadir que no dudaba que lord Clarendon declararía con él que la Francia y la Inglaterra esperaban con impaciencia el momento en que les fuera permitido suprimir la ocupación del Pireo sin dar lugar á graves males. Hay que saber que desde bastante tiempo existía un acuerdo respecto de este punto entre Walewski y Clarendon, si bien la idea había salido de Inglaterra, para acabar con la influencia rusa en Grecia. Ya durante la guerra de Crimea el gobierno inglés había tomado en consideración la caída del rey Oton, y lord Palmerston había destinado para reemplazarle al príncipe de Carignan, que debía tomar por esposa á la duquesa de Parma para agregar este ducado al reino del Piamonte.

Para comprender mejor las proposiciones relativas á Italia conviene saber que Francia é Inglaterra habían convenido ya antes de la sesión del 8 de abril en acceder con la evacuación de Grecia á la de los territorios italianos por la Francia y el Austria. La cuestión de Grecia quedó suspensa en vista de las contestaciones evasivas de Rusia y Austria.

Al llegar á este punto aprovechó el conde de Walewski la ocasión para hablar de los asuntos de Italia, y dijo que la necesidad de no dejar entregados los Estados de la Iglesia á la anarquía, había determinado á los gobiernos de Francia y Austria á acceder á la petición de la Santa Sede para que la Francia ocupase á Roma y el Austria las Legaciones, y que para esto tuvo la Francia doble motivo como potencia europea y católica. El título de hijos mayores de la Iglesia con que se engalanaban los soberanos de Francia, había obligado al emperador á prestar su auxilio al Papa, si bien había que convenir por otra parte en que la potencia que para sostenerse necesita tropas extranjeras, tiene algo en su situación que no es normal. Añadió que por lo mismo era de desear que el gobierno de Roma se robusteciera suficientemente para permitir sin perjuicio suyo la retirada de las tropas francesas y austriacas. Por esto creía el conde Walewski que un deseo expresado en este sentido por el congreso sería útil; y yendo más lejos dijo que acaso fuera de desear que ciertos gobiernos de la península italiana pusiesen fin á un sistema que, en lugar de ir contra los enemigos del orden, no hacía más que debilitar á los gobiernos; que se haría un gran servicio al gobierno de Nápoles y á la causa del orden en Italia si se le convenciera de lo peligroso de la senda errónea en que se hallaba, y que las advertencias hechas por las potencias representadas en el congreso serían tanto mejor recibidas por el gobierno napolitano cuanto que éste no podría dudar de los motivos que inspirasen tales advertencias.

Después de esto se habló de la Bélgica, cuya prensa atacaba al gobierno francés en los términos más insolentes; pero si los representantes de las grandes potencias europeas, dijo Walewski, expresasen sus opiniones, la Bélgica, que se excusa con su libertad absoluta de la prensa, encontraría medios para poner fin á un estado que tarde ó temprano podía engendrar dificultades y hasta peligros. Estos indicios de los planes del emperador, que al principio quiso un congreso europeo para modificar el mapa de Europa, modificación que en opinión de Clarendon consistía en la extensión de la frontera de Francia hasta el Rin, en la expulsión del Austria de Italia, en la restauración de Polonia, etc., fueron interrumpidos por una proposición que se presentó para establecer un nuevo derecho marítimo con la abolición del corso y la proclamación del principio de que la bandera neutral